

conducir los príncipes. La tropa francesa olvida el deber que la humanidad y el decoro imponen á la fuerza organizada de intimidar el sosiego y la calma á los alborotados, antes de lanzar sobre ellos el esterminio y la muerte. No hay amonestacion, no hay aviso. Súbita descarga se escucha; y esa descarga asesina es la señal de



dispersion para la multitud, que derramándose en confusion por todas las salidas de la plaza, semeja al mar que domina sus bordes y se precipita espantoso por el declive de la ribera. Los fugitivos extienden la alarma y pueblan los aires con gritos de guerra. *A las armas*, se escucha decir por las calles; *á las armas*, responden los habitantes desde lo interior de sus domicilios; *á las armas*, repite el eco que por todas partes retumba; y Madrid entero se alza en alas de la desesperacion y del patriotismo. El nombre de Fernando, tan consolador y poético entonces, como irrisorio y cruel ahora, se mezcla por todas partes á los alaridos de muerte; y es hermoso perecer por su causa y por la causa de la nacion.

Jóvenes, ancianos, mugeres, todos toman parte en la lucha. El que carece de mosquete ó trabuco, empuña su escopeta de caza; los que no tienen armas de fuego, echan mano del enmoecido espadin, ponen á la punta de un palo el hierro primero que encuentran, salen con un simple baston, ó se precipitan en las filas enemigas sin otro instrumento de muerte que su propio arrojo. La plaza Mayor, la calle de este mismo nombre, las de la Montera, Carretas y Alcalá, borbollan de gente y de ira. No se oye otra cosa que gritos mezclados al sordo batir de los tambores y al sonido del clarin y de la trompeta que llaman las tropas á sus puntos. Sorprendidos aisladamente los franceses que acuden á sus puestos, son esterminados en las calles, ó compran su vida al vergonzoso precio de rendir las armas. Los oficiales de estado mayor y los edecanes que recorren la poblacion llevando órdenes, son vol-

cados del caballo, acometiéndoles el paisanage con piedras, y acercándose audaz á veces á derribarlos á puñaladas. Revolver una esquina es caer para no levantarse ya mas. Quedarse algun cobarde ó remiso en la casa que le sirve de alojamiento, equivale tal vez á morir á manos del huesped ó de la indignada patrona. Los gritos que suben al cielo se cruzan con los tuestos, ladrillos y piedras, y hasta con el agua hirviendo que las mugeres arrojan desde las ventanas sobre el aborrecido extranjero. Véase aqui al manolo montado sobre el caballo del dragon frances que acaba de derribar; véase allá hasta los niños tomar parte en la lucha á que los incita el ejemplo, no ya de sus padres, que es poco, sino el de sus madres tambien. No son ya franceses aislados los que rinden la vida ó las armas á las manos del pueblo. Masas enteras de caballeria se estrellan en la multitud, y sucumben ó retroceden. Cien combates trabados á la vez dan á la vez cien laureles á los inexorables



madrileños. El encono y el odio pasan los limites de la generosidad y del denuedo, y los cadáveres del enemigo no tienen un escudo en la muerte para no ser acometido de nuevo, ó arrastrados tal vez por las calles. Con estas espantosas escenas contrasta noblemente en otros puntos la clemencia del vencedor, que mirando á un frances desarmado, ó implorando rendido merced, le tiende la mano y le salva. Una parte del ejército imperial es sin embargo escepcion de esta regla. Los mameucos de Napoleon, siervos reconocidos de un agresor injusto y sectarios juntamente de las leyes del Alcoran, escitan con particularidad el furor y la rabia madrileña. No hay para ellos clemencia ni generosidad. El golpe que los hiere ó los mata vale

por dos: ese golpe, como dice Foy, hace desaparecer de la tierra al frances y al musulman juntos en uno: el que mata un mameluco cumple, ó cree cumplir á la vez, los deberes que impone el patriotismo y los deberes de la religion. El aliento que animó á los abuelos, anima á los nietos aun. Los tiempos de Pelayo y del Cid van de nuevo á brillar en la escena.

El pueblo de Madrid entretanto estaba abandonado á si mismo. Falto de organizacion militar, destituido de gefes, lanzado de improviso en la guerra, contrariado por el gobierno que debia servirle de apoyo, ensayando su inesperienza en el combate al frente de un ejército numeroso, aguerrido y displinado; inútil era esperar que los primeros anuncios de victoria fuesen duraderos y sólidos. Prevenido por el gran duque de Berg el caso mas que probable de una insurreccion en Madrid, tenia dadas con anticipacion sus órdenes para que las tropas francesas acantonadas en el convento de S. Bernardino, en Chamartin, en Fuencarral y en el Pardo, estuviesen dispuestas á acudir prontamente á la primera señal de alarma. Desconcertados al parecer los franceses en los primeros instantes del levantamiento, sacuden su estupor momentáneo, empuñan presurosamente las armas, y abalanzándose por la carrera de S. Gerónimo y por la calle de Alcalá, esa calle tan bella como á propósito para ejercitar el cañon, las barren con la artilleria. La caballeria de la guardia imperial, mandada por el gefe de escuadron Daumesnil, carga sobre la muchedumbre

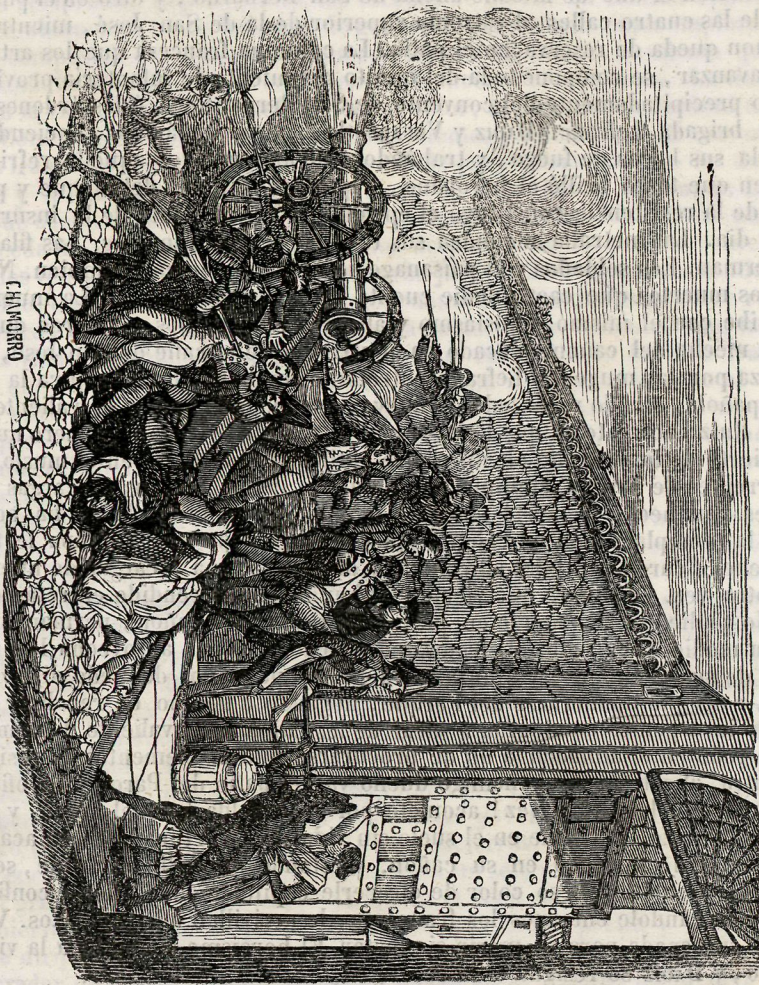


inesperta, y la arrolla completamente. Los lanceros polacos, hijos de un pueblo poco antes libre y recientemente sacrificado e ntonces á la ambicion de la tirania del polo, son los primeros en señalarse por su bravura y ferocidad contra un pueblo que no acaba de alzarse sino por conservar su independencia. Los mamelucos por su parte vengan la muerte de sus compañeros con la de sus sacrificados y enemigos, y la

vengan con el desalmado valor del árabe, desarrollado y dirigido por el genio de Napoleón. Los madrileños habían disparado desde sus casas, convirtiendo los balcones y ventanas en bocas de esterminio y de muerte. Los generales franceses les vuelven ahora las tornas, y enviando destacamentos de infantería á forzar los edificios desde donde se les ha hecho fuego, los entran á saco, y degüellan á sus moradores, ó los fusilan delante de sus mismas puertas. El encono y la rabia son grandes porque son recíprocos. Reproducidas las escenas de horror en sentido opuesto, renuévanse también á su turno los actos de generosidad; y el que antes imploraba humillado la compasión del vencedor, concede tal vez victorioso lo mismo que poco antes demandaba vencido. Nada se deben ya franceses y españoles. La vida se ha pagado con la vida, el valor ha luchado con el valor, la clemencia sucederá á la clemencia. ¿Cómo esperar otra cosa de pechos valientes y esforzados? El uso moderado que los franceses han comenzado á hacer de la preponderancia que les da la organización y la disciplina, no anuncia ni puede anunciar el asesinato. Los prisioneros que caen en sus manos, conservan generalmente la vida. ¿Será acaso que se les conceda un momento para ajusticiarlos despues? No es posible proceder tan inicuo en los vencedores de Europa. Ellos harán justicia á los generosos sentimientos de un pueblo, tanto más acreedor al respeto, cuanto con mas indignacion se resiste á sufrir el yugo, cuanto con mas infortunio ha caído. Esos valientes que tan caras venden sus vidas, lanzándose con un simple puñal en medio de las filas francesas; esos otros que batiéndose en retirada disputan palmo á palmo el terreno al frances vencedor; esos, en fin, que al verse destituidos de defensa, prefieren la muerte á la huida, esperando con estóica firmeza, y quietos y á pie firme, el tiro matador que los estermina, llamarán la atención de Murat como deben llamarla á los bravos, y el valiente será generoso.

Así discurrían consigo mismos los que habiendo sido hechos prisioneros por las falanges francesas, interpretaban su momentánea humanidad como duradera y consecuente. Poco tardaremos en averiguar si se equivocaban ó no. Volvamos ahora la vista un momento al barrio de las Maravillas, á las cercanías de la puerta de Fuencarral, á la calle de San José, al Parque español de artillería. La escasa guarnición española fraccionada en diversos puntos de la población y compuesta en su totalidad de tres mil hombres, estaba retenida en los cuarteles por las órdenes de la junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete. ¿Qué podía hacer ese puñado de hombres contra veinte y cinco mil imperiales dispuestos á caer sobre ellos? Tal habia sido la reflexion de la autoridad militar española; tal la consideracion del inútil gobierno espantado por Ofarril. Madrid entretanto no se habia preguntado á sí mismo *¿qué he de hacer yo?* ni los bravos soldados tampoco. Pero esos soldados permanecen en sus encierros. ¿Será que entre aquellos valientes encadenados por la disciplina, no haya un solo cuerpo que rompa la valla, cuando el grito de la Patria lo exija? ¿Lamerá el leon sus cadenas, sin salir de su jaula de hierro? Un grupo de paisanos batidos por todas partes y destituidos de apoyo, se dirige exhalado hácia el Parque, y el aire se agita y retumba con el grito desgarrador de *armas, armas!* Habia en efecto en el Parque hasta diez mil fusiles encajonados, y veinte y seis piezas de cañon en sus afustes. El paisanage brama por apoderarse de aquellos instrumentos de muerte. Los catorce artilleros que estan allí, inválidos la mayor parte, vacilan entre el deseo de secundar el grito de sus conciudadanos y el de cumplir la consigna del capitán general, cuando oyendo decir que algunos de sus compañeros de infantería acababan de ser atacados por la tropa francesa, y viendo abalanzarse hácia ellos una columna enemiga que á paso de carga se dirige á tomar el Parque, ponen fin á su duda angustiosa, y se unen á los insurgentes. Dos valientes oficiales de artillería, los inmortales DAOIZ y VELARDE, se ponen al frente de aquella docena de bravos, y apoyados por el paisanage y por un piquete de treinta y tres infantes á las órdenes de otro esforzado oficial llamado RUIZ, hacen una vez y otra vez el juramento que van pronto á sellar con su sangre; de morir ó vencer por la patria. Los valientes paisanos, entre

los cuales se ven algunas mugeres, se distribuyen en tres secciones, coronando unos, en union con los soldados, las alturas del Parque, despues de haber hecho prisionero un destacamento imperial que se hallaba en él, mientras otros se dirigen á los cajones en que estan contenidos los fusiles, y otros arrastran á brazo cinco cañones, de los cuales colocan dos enfilando la calle de San Pedro desde lo interior del Parque, cuyas puertas quedan cerradas; otros dos á la parte de afuera, en direccion el uno de la calle ancha de San Bernardo, y otro en el punto de reunion de las cuatro calles al extremo superior de la de San José, mientras el quinto cañon queda de reserva en el patio. La columna francesa que los artilleros han visto avanzar, se compone toda del quinto regimiento de infanteria provisorio, destacado precipitadamente del convento de San Bernardino, á las órdenes del general de brigada Lefranc. DAOIZ y VELARDE la esperan impávidos, haciendo jugar sobre ella sus bocas de fuego, y trabándose de ambos lados aquella refriega espantosa en que tanto brilló el heroismo, y que por lo tenaz del ataque y por lo porfiado de la resistencia constituyó el episodio mas sangriento de la insurreccion de aquel dia. La metralla menudea sus tiros sobre los franceses. Las filas enemigas se merman. Los soldados y el paisanage se reducen á menos tambien. Nadie atiende á los muertos que caen; nadie cuenta los vivos que quedan. La muerte se da y se recibe con el mismo entusiasmo y aliento. Muertos los artilleros que empuñaban la mecha del cañon colocado en el extremo de la calle de San José, es servida la pieza por las mugeres. Lefranc entretanto repite su ataque contra la débil bateria española, siendo rechazado de nuevo, y quedando herido el valiente DAOIZ. El oficial Ruiz hace rato ya que lo ha sido. Vanamente se dice al primero que se ponga á cubierto de la metralla enemiga y se retire. Herido DAOIZ en el muslo y vertiendo torrentes de sangre, continúa sereno al pie del cañon. Las descargas que los españoles han hecho vienen á ser diez ú once, y la metralla se ha acabado ya. DAOIZ la reemplaza con un cajon de piedras de chispa que VELARDE le trae de los almacenes; carga con ellas su cañon, y dispara; torna á cargar de nuevo, y dispara otra vez. La sangre que vierte en abundancia ha rendido entretanto sus fuerzas. No pudiendo sostenerse en pie, se apoya en el cañon, permaneciendo casi solo en medio de la calle. Lefranc que conoce su hora, aprovecha la ocasion y el apuro de sus enemigos, y avanzando á la bayoneta con denuedo digno de mejor causa, consigue apoderarse del Parque, llegando á tiempo de recobrar los fusiles que los insurgentes comienzan á sacar de los cajones. El valiente VELARDE, que habia entrado en el almacen á fin de procurarse nuevos elementos de resistencia, se encuentra, al salir, con el enemigo dueño ya del patio del Parque. Un oficial polaco ¡el nombre polaco otra vez! acomete por la espalda á aquel héroe, y asestándole un pistoletazo, le tiende en el suelo sin vida. El infortunado DAOIZ acaba de perderla tambien. Apoyado en su cañon, y estando ya medio exánime, se acerca el enemigo á aquel bravo so color de ofrecerle capitulacion. El héroe confiado la admite, y cercándole entonces los franceses, le acrivillan á bayonetazos. Vanamente levanta su espada para no morir sin matar. El heroismo sucumbe á la villanía y al número, y DAOIZ se resigna á su suerte.



MUERTE DE DAQIZ Y VELARDE.

CHAMORRO

¡ Mártires de la patria! ¡ Valientes y esforzadas víctimas votadas con resignación a la muerte por la independencia de vuestro país! Eternos vuestros nombres en la historia, los vemos escritos también en los pabellones del cielo. La nación por quien disteis la vida no ha recogido aun el fruto de vuestro holocausto. Tended vuestra mirada sobre ella; sed sus ángeles tutelares. Fijos nuestros ojos en el triste y sencillo monumento que el pueblo de Madrid os ha alzado, el día que nos recuerda vuestro sacrificio y el de vuestros compañeros de infortunio y de gloria, es santo,

luctuoso y sublime para nosotros. Sea vuestro nombre el que nos inflame en la lucha cuando quiera que el yugo extranjero amenace á la patria otra vez: séalo también si algun dia amagase hundir nuestros derechos la afrentosa coyunda interior.

Pero el obelisco del 2 DE MAYO no abriga en su seno las solas cenizas de DAOIZ Y VELARDE. Otras victimas descansan alli, y es preciso tratar de esas victimas.

El gran duque de Berg, acompañado del mariscal Moncey y de los generales que no tenian mando de tropas, se habia trasladado desde el principio á lo alto de la cuesta de San Vicente, situada al oeste de la heroica villa. Allí se ocupaba en dar órdenes rodeado de los fusileros de la guardia imperial, cuando acercándose á él algunos miembros de la junta, prometieronle restablecer la tranquilidad, si él por su parte mandaba á los suyos poner término á la efusion de sangre. Oida por Murat la peticion de los comisionados, convino en desistir de toda hostilidad en el momento que cesase la efervescencia de la poblacion. Los ministros Ofarril y Azanza se dirigieron á los consejos en compañía del general Harispe, y uniéndoseles varios magistrados, se repartieron por las calles, recorriéndolas á caballo, agitando al aire pañuelos blancos en señal de reconciliacion y amnistia



general. Varios oficiales de ambas naciones contribuyeron tambien por su parte á aquella mision consoladora, consiguiendo unos y otros salvar la vida á un gran número de desgraciados. Oida por los madrileños la promesa de paz y olvido de cuanto acababa de pasar, obedecieron la conciliadora voz de sus autoridades, y se retiraron tranquilos á sus casas. La agitacion habia comenzado entre diez y once de la mañana, y la calma se hallaba restablecida á las dos de la tarde. ¿Cómo te-

mer, visto esto, que volviera á turbarse otra vez? Asi sucedió sin embargo, y es preciso decir como fue, por mas que se resista la pluma á trazar el horrible cuadro que tuvo principio en aquella tarde funesta y siguió despues por la noche, hasta la mañana del 3.

Hemos visto la moderacion con que los franceses se habian limitado por punto general á hacer prisioneros los españoles que caian en sus manos, y hemos visto tambien al gran duque prometer á los comisionados de la junta poner término por su parte á la desolacion y la muerte, siempre que ellos por la suya consiguiesen ponerlo al tumulto. La condicion habia sido cumplida por las autoridades españolas: Murat no cumplió la suya. Al mismo tiempo que los ministros y los individuos de los consejos recorrian las calles de la poblacion á la voz de olvido y de paz, mandaba Murat estender, y firmaba con mano de tigre, una proclama digna de Attila, segun espresion de Toreno; proclama fijada en las esquinas en la mañana del dia signiente, bien que dada en la tarde del 2, y puesta en ejecucion desde luego, aun antes que su contenido llegase á noticia de los moradores. Este documento espantoso, en el cual se decretaba el asesinato de la lengua de Garcilaso y de Cervantes, ni mas ni menos que el de los infortunados madrileños, decia así:

ORDEN DEL DIA.

Soldados: La poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

ARTICULO I.

El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

ARTICULO II.

Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

ARTICULO III.

La junta de estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permision especial, serán arcabuceados.

ARTICULO IV.

Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

ARTICULO V.

Toda reunion de mas de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusileria.

ARTICULO VI.

Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demas de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

ARTICULO VII.

Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provo-